

Acción cultural y educación estética en tiempos de “trabajar, trabajar y trabajar”

JOSÉ GARCÍA JIMÉNEZ*

Fecha de recepción: 23 de octubre de 2007
Fecha de Aceptación: 14 de diciembre de 2007

* Ex-profesor de la UPTC, Decano-fundador de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la misma universidad.

ACCIÓN CULTURAL Y EDUCACIÓN ESTÉTICA
EN TIEMPOS DE "TRABAJAR, TRABAJAR Y TRABAJAR"

Por espacio de 26 años fui profesor adscrito a la Escuela de Economía de la UPTC. Me retiré en diciembre de 1998 y desde entonces me encuentro disfrutando de tiempo libre. La verdadera riqueza, decía Marx, es el tiempo libre, sólo que su disfrute verdadero requiere una preparación de toda la vida, pues supone un enriquecimiento de todos los sentidos y facultades humanas tanto los físicos como las espirituales, o sea, la educación estética.

Guardo nostalgia de mis días de contacto con los estudiantes a través de los cursos de Introducción a la Economía, Doctrinas Económicas, Historia Económica y Seminario Electivo. Del resto no guardo nostalgia, pues era más bien gris y melancólico: frialdad y estrechez en las residencias de profesores; descuido en las aulas y los baños; cafeterías poco acogedoras; relaciones distantes entre colegas y sobre todo falta de democracia interna y participativa, debido al abuso y autoritarismo de las directivas, a la pasividad e indiferencia de los profesores y también de los estudiantes. Además, en la ciudad los descuidados parques y salas de cine; las calles grises y frías con excepción del centro histórico pea-

tonal (en fin, la tan frecuentada “vuelta al perro”).

Creo haber logrado el reconocimiento de la mayoría de mis estudiantes -quienes si algún recuerdo guardan de mis clases es por haber estado asociadas a las actividades culturales y recreativas. Mencionaré las principales: el cine-club, el video-forum, las salidas al campo, los seminarios de inducción para estudiantes del primer semestre, El club de Caminantes, las caminatas asociadas al Seminario Electivo, las fiestas pedagógicas, las conferencias del profesor Estanislao Zuleta, los círculos de lectura de profesores y estudiantes, la puesta en escena de dramas didácticos.

El valor pedagógico de estas actividades se fundamenta en el placer que suscitan. El “principio del placer” es, según Sigmund Freud, un principio constitutivo del ser humano. Como tal está presente en el inconsciente que al fin y al cabo es el regulador de todos nuestros actos. Baste ello para reconocer la extraordinaria importancia que las actividades lúdicas tienen en la creación de un ambiente genuinamente pedagógico y por ende de verdadera formación.

Las actividades culturales y recreativas, especialmente las relacionadas con el arte, contribuyen a la formación de ciudadanos sensibles ante los derechos propios y los derechos de los demás. Permiten establecer una armonía entre la sensibilidad y la racionalidad, necesarias a la vida y la sociabilidad del ciudadano. En términos generales, el arte expresa la exigencia de todo ser humano de armonía y plenitud de la existencia, es decir, de los bienes más preciados que le niega la sociedad clasista, excluyente y represiva.

Desde el comienzo mismo de los programas académicos de Economía y Administración de Empresas de la UPTC, se estableció el propósito de contribuir a la formación integral de los nuevos economistas y administradores, y al desarrollo de un pensamiento crítico. Nos pareció que con la ayuda de las actividades culturales y recreativas, particularmente el cine y la literatura, se podía incentivar el deseo de conocimiento y de cambio de la realidad social y económica e igualmente, el deseo de cambio de nosotros mismos. El Rector-fundador de estos programas, el Dr. Armando Suescún Monroy, apoyó decididamente estas actividades enmarcándolas dentro de una política cultural universitaria.

La disciplina estética es el campo más apropiado para orientar una verdadera política cultural. Mediante ella se puede educar a las nuevas generaciones dentro de un concepto de "riqueza" que escape al estrecho concepto mercantil, y se entienda la riqueza humana como despliegue de todas las facultades y sen-

tidos humanos. La estética envuelve la relación interior entre el placer, la sensualidad, la belleza, la verdad, el arte y la libertad. Aspira a un campo que preserve la verdad de los sentidos y reconcilia las facultades inferiores con las superiores del hombre, la sensualidad y el intelecto, el placer y la razón.

En la representación estética el objeto, cualquiera que sea, es representado no en términos de su utilidad, no de propósito alguno, tampoco en vista de su finalidad. En la imaginación estética el objeto es representado **libre** de todas esas relaciones y propiedades. Todos los lazos entre el objeto y el mundo de la razón teórica y de la razón práctica son rotos. La reconciliación estética implica un fortalecimiento de la sensualidad contra la tiranía de la razón. (Volveré más adelante sobre este tema).

Me voy a referir ahora brevemente a cada una de las actividades culturales y recreativas acabadas de mencionar.

El Cine-club no se limitaba a la simple proyección de películas; comprendía, además, otras actividades tales como el cine-forum, la tertulia al final del mismo, en la cual, a veces por espacio de varias horas, se continuaba la discusión de las diferentes interpretaciones acerca del film acabado de proyectar, y se tomaban notas para la redacción del boletín que se distribuía en la siguiente proyección. Se publicó la revista del Cine-club *Planos* y, de acuerdo con la temática de los ciclos por escuelas cinematográficas o por directores, se llevaron a cabo conferencias a cargo de especialistas invitados.

Debido a su actualidad, y a que refleja admirablemente el clima académico, político y cultural que se vivía en la Universidad en los años 70's del pasado siglo, vale la pena resumir el artículo *Reflexiones acerca de las actividades culturales en el ámbito universitario* de Jorge Guaneme, entonces profesor de la Escuela de Economía y miembro fundador del Cine-club. Motivo central de su reflexión era enmarcar la actividad del Cine-club dentro de los conflictos entre el activismo de los grupos políticos, la formación académica y el lento proceso cultural y de creación artística.

El Cine-club en la UPTC se proyectó partiendo de la consideración de que la Universidad no puede circunscribirse a su labor dentro del estrecho marco de la formación académica, sino que debe abarcar la actividad orientada a la asimilación crítica de la cultura universal y la creatividad artística. La justificación inmediata del Cine-club era la deficiente formación cultural integral tanto de estudiantes como de profesores. El cine propende a fomentar la capacidad crítica y apreciativa. Si bien la ciencia es la portadora de un método y un conocimiento que actúa sobre la dimensión de la razón, otra dimensión, quizá más compleja, es la emotiva-afectiva. La realidad está forzosamente diseccionada por el procedimiento científico que descubre facetas específicas de la misma; en cambio, el arte la expresa en forma total; en ello reside la complejidad y la riqueza del contenido artístico.

El Cine-club tenía que entrar en conflicto con sectores de la Universidad

opuestos al análisis crítico y a la formación integral. Por una parte, la derecha reaccionaria, cuyo afán en la UPTC ha consistido tradicionalmente en la defensa de sus posiciones y en el desprecio y la oposición a toda manifestación cultural de avanzada; y, por otra, el izquierdismo infantil de algunos líderes estudiantiles que llegaron a demandar del Cine-club una declaración explícita de principios y metas políticas y una programación exclusiva de cine político. En la discusión del cine-forum tendían hacia un proselitismo que dejaba de lado la discusión de la película misma.

El Cine-club, a su vez, llegó a cuestionar el activismo político por tratar de negar u ocultar la problemática individual, reduciendo la discusión a esquemas sociologistas. De ahí que calificara como manifestaciones del individualismo pequeño-burgués a manifestaciones artísticas o literarias que implican un tratamiento formal de tipo individual.

Uno de los problemas más debatidos al interior del Cine-club, fue el de la relación entre la estética y la política. Se hizo énfasis en la reducción de lo estético a lo político. El arte no puede constreñirse para que responda a intereses o a categorías políticas. Tanto el arte como la política poseen sus propias leyes, lo que no significa que sean independientes de los demás niveles de formación social. Es necesario, entonces, distinguir los diferentes ámbitos de la actividad social, irreductibles unos a otros y, sin embargo, interdependientes.

Pasando a otra actividad, el *Club de Caminantes* se inició con un cartel de

invitación fijado en la entrada del edificio central. Tras la convocatoria general, se aludía brevemente al entusiasmo que despertaban las caminatas en el filósofo alemán Federico Hegel y en el poeta norteamericano Walt Whitman. Del primero, se citaba el diario de caminante por los Alpes berneses:

Al atardecer fuimos a ver la cascada. En parte, ya la habíamos ido viendo por el camino, sobre todo desde la fonda; pero, a pesar de lo cerca que estábamos, sólo nos pareció un hilo de agua, insignificante, que de ningún modo nos iba a compensar el esfuerzo y los gastos del día. Sin embargo, pese a estos prejuicios y aunque comenzaba a oscurecer, cuando nos acercamos al lado mismo de la cascada y nos situamos debajo de ella, nos satisfizo por completo [...] Lo único grandioso es la altura de la pared de roca desde la que cae la cascada, no la misma cascada en sí. En cambio, el vuelo fino, flexible, libre de esta cascada tiene algo cautivador. No es un poder, una gran fuerza lo que se ve; al contrario, el pensamiento se encuentra lejos del yugo y de la necesidad imperiosa de la naturaleza, lo vivo, siempre descomponiéndose y dispersándose en vez de concentrarse en una masa, lo eternamente en proceso y acción, produce la imagen de un libre juego.

De Whitman citábamos su recomendación de llevar sombrero de alas, cómodos zapatos, la imprescindible marmita y, sobre todo, ansias de libertad.

Otra actividad cultural y recreativa llevada a cabo extra-clase, con un grupo de estudiantes y profesores de Economía y otras escuelas, fue el Círculo

Literario *Casa de las Mansardas* –así denominado por servirle de sede el solar de una vieja casona situada no lejos de la estación del ferrocarril, ubicado frente a la entrada de la Universidad por la carretera Central del Norte, única en todo el contorno de la U, dotada de mansardas. El objeto de este círculo era el de llevar a cabo reuniones semanales nocturnas a cielo abierto en torno a una fogata, para leer y recitar poesía -y pequeñas narraciones salidas de la pluma de los propios participantes y de otros autores.

El Departamento de Economía (después llamado *Escuela*) fue el primero en celebrar el recibimiento a estudiantes “primíparos” (para usar el burlesco calificativo que los antiguos alumnos inventaron) inclusive mucho antes de que, por orden del ICFES, se organizaran los Seminarios de “Inducción”, extensivos a todas las Facultades y escuelas, pues es cierto que el hecho mismo de acceder a los estudios universitarios, constituye en nuestro país un privilegio, habida cuenta que la gran mayoría de bachilleres no tiene esta posibilidad. Era necesario, entonces, darle a este hecho la importancia y trascendencia que para los jóvenes constituye el ingreso a la Universidad, la primera semana de cada nuevo semestre académico. Mediante el desarrollo de este seminario, los estudiantes se conocían entre sí, conocían al claustro de profesores del primer semestre, a los directivos de la Escuela, de la Facultad; discutían las motivaciones de cada uno para solicitar el ingreso a la carrera de Economía, las expectativas que traían, sus experiencias escolares, los métodos

de enseñanza en la U y en la secundaria, se les familiarizaba con los servicios de bienestar, de la biblioteca y, el Seminario culminaba con una Fiesta de Integración.

El video-forum hizo parte de la programación del Seminario Electivo a mi cargo. Lo primero, era demostrar a los alumnos que para entender a cabalidad una película del cine-arte, había que verla repetidamente. Lo mismo sucede con cualquier obra de arte, una novela, un poema, una pintura, cuanto más se le contemple, cuanto más confrontemos nuestra propia lectura con las de otros, más hondo podemos penetrar en su esencia y más oportunidad tendremos de ver en ella reflejada la nuestra. Los estudiantes debían escribir sus propios comentarios y los mejores eran publicados en un boletín mimeografiado.

En septiembre de 1987 publicamos una revista llamada *Dr. Faustus* y en el artículo titulado *Economía y literatura* tratamos de aclarar los motivos que nos llevaron más allá de la teoría económica a incursionar como curiosos y aficionados en el mundo de la literatura y el arte; decíamos:

Ante todo queremos subrayar que la economía, en sus orígenes, fue un producto de la filosofía moral y que cuando perdió con el tiempo su dimensión humana, fue siendo reemplazada, cada vez más por las intrincadas teorizaciones y trivialidades técnicas; de la moderna praxeología del comportamiento eficiente y del máximo beneficio racional, todo ello aderezado con los no menos sofisticados cálculos estadístico-matemáticos y un abstracto

modelaje que sirve más para ocultar realidades que para develarlas.

La tendencia simplificadora que de allí resultaba se reflejaba en los esfuerzos por favorecer una supuesta objetividad tecnológica a costa de perder la visión moral, el sentido de la historia y la sensibilidad para captar la complejidad social de nuestro mundo. Precisamente es de ahí, de esta pérdida del sentido moral, histórico y social de donde ha surgido nuestro afán por acercarnos a la filosofía, el arte y la literatura, no para abandonar la economía, no para sustituirla, sino para enriquecerla tratando, además, de volver a sus fuentes originales, a sus fundadores, a quienes todavía impulsaba la búsqueda de la verdad. Para éstos, los problemas económicos no desaparecían como por arte de magia tras las abstracciones y malabarismos matemáticos y, en cambio, asuntos como la pobreza absoluta y el desempleo los sabían dibujar literalmente con su inevitable rastro de tragedias, de nombres, de rostros, de angustia y dolor.

La puesta en escena de dos obras del dramaturgo alemán Bertold Brecht, se hizo con alumnos de *Introducción a la Economía* y de *Escuela Marxista*. Con los primeros, montamos la obra *La excepción y la regla* y con los segundos, *La madre*, haciendo énfasis en la escena *Lección de economía política*. Esta última, se llevó a cabo durante varios semestres y se contó con la colaboración de los instructores de teatro de la Universidad.

De trascendencia para algunos profesores y estudiantes de Economía, de Administración y también de otras es-

cuelas, fueron las visitas en varias ocasiones del gran maestro de la cultura que fue Estanislao Zuleta. La primera vez vino de Medellín en donde era profesor de la Escuela de Economía de la Universidad de Antioquia. Lo invitamos para que nos hablara de economía y filosofía, en la relación Hegel-Marx. Apartándose de esta temática, nos condujo a la literatura, para lo cual nos reuníamos en tertulia nocturna, a fin de leer cuentos de Edgar Allan Poe y a escuchar sus brillantes interpretaciones. De esa primera visita conservamos una carta que nos envió posteriormente desde Medellín, en la que nos decía:

Me encuentro aún bajo la grata impresión que me dejaron los días breves, alegres -hasta el punto de resultar inquietantes- que vivimos en Tunja. El estímulo de un público -y sobre todo de un grupo para el cual mis disertaciones eran a la vez alentadoras y perturbadoras- me indujo a romper el programa más o menos académico, es decir, más o menos impersonal, que tenía preparado y a introducirme por los senderos de la literatura, la cual, como se sabe, no es diversión, sino por el contrario, incursión en lo más íntimo de nuestro ser, navegación azarosa por un territorio que quisiéramos evitar por medio de paciencia (perdón, ceguera) pero que sabemos inevitablemente problemático. Me alegra que hayamos llegado a la literatura, porque es demasiado frecuente hoy lanzarse sobre toda clase de teorías, temas, soluciones, folletos, consignas, más que para buscar una nueva vida, para huir de la vida cotidiana, para huir de la encrucijada de la muerte y el amor, el nacimiento y la investigación.

Escuchar a Zuleta no sólo constituía un deleite sino también un estímulo para iniciar por cuenta propia la lectura e interpretación de los textos que recomendaba. De esas tertulias surgió el proyecto y la creación de círculos de lectura entre profesores y estudiantes. Tal fue el origen del Círculo de Lectura *Dr. Faustus* que, integrado por profesores y alumnos de Economía y Administración, funcionó de manera ininterrumpida por más de una década.

Voy a referirme ahora a la importancia de la estética para la formación integral de las nuevas promociones de egresados universitarios, advirtiendo que este acercamiento lo hago con base en *Los manuscritos de economía y filosofía* de Carlos Marx, *El malestar en la cultura* de Sigmund Freud y el ensayo filosófico sobre el psicoanálisis, titulado *Eros y Civilización* de Herbert Marcuse -leídos y comentados parcialmente en mis cursos de Economía Marxista y Seminario Electivo. El punto de partida es la noción de "trabajo enajenado" de Marx, quien lo caracteriza del siguiente modo:

Es externo al trabajador, es decir, no pertenece a su ser [...] en su trabajo, el trabajador no se afirma sino se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. Por eso el trabajador sólo se siente en sí fuera del trabajo, y en el trabajo fuera de sí. Está en lo suyo cuando no trabaja y cuando trabaja no está en lo suyo. Su trabajo no es, así, voluntario; sino forzado, trabajo forzado [...] Realizado en la fábrica bajo el comando y la disciplina que

impone el capital, la actividad productiva del hombre se convierte en una fuerza que niega su condición humana, que lo embrutece, lo hace desgraciado antes que feliz y lo convierte en un apéndice de la máquina.

Por contraste, el trabajo libre, según la definición del filósofo yugoslavo Mihailov Markovic, sería: “Una actividad concreta mediante la cual el hombre forma un objeto, proyecta en él su conciencia, sus pensamientos, deseos, necesidades, su fantasía; realiza en él las cualidades potenciales de su esencia y facilita a través de esa producción la satisfacción de sus necesidades vitales –las propias y las de otros hombres. El trabajo por lo tanto podría ser una actividad a través de la cual el individuo realiza todas las características esenciales de la naturaleza humana, se produce y se afirma como hombre”.

El trabajo enajenado es el resultado del proceso de industrialización tanto capitalista como el del sistema centralmente planificado que se ensayó en la Rusia soviética. Según la concepción decididamente optimista de Marx, la superación de la propiedad privada y con ello la del trabajo enajenado, implicaría una nueva organización de la sociedad y un nuevo sistema de producción y distribución de la riqueza, la cual asumiría, bajo el imperio del trabajo libre, un nuevo contenido.

A diferencia de los economistas clásicos, para quienes la riqueza responde a la estrecha concepción burguesa que la reduce a mera propiedad de los bienes que satisfacen necesidades humanas, para Marx la riqueza implica una apro-

piación universal del objeto por parte del sujeto, gracias al enriquecimiento de todos sus sentidos, tanto los físicos como los espirituales.

La noción económica de riqueza de la teoría económica, empobrece la verdadera noción de riqueza viviente. De la misma manera, la propiedad privada empobrece y deforma en su orientación profunda, la apropiación de la naturaleza y de su propia naturaleza por el hombre. “En lugar de la miseria y de la riqueza según la economía política –dice Marx- hay hombre rico y necesidad rica. Hombre rico es aquel que tiene necesidad de una totalidad de manifestaciones de la vida” (Manuscritos de economía y filosofía de 1844). Este enriquecimiento guarda correspondencia con el nivel alcanzado por el desarrollo de la civilización, y se realiza por la transformación de la naturaleza y por la transformación de los instintos animales en necesidades humanas cada vez más complejas. En el curso de la historia y debido al desarrollo de las fuerzas productivas, se crean los “poderes” nuevos del hombre -y la actividad estética es uno de esos poderes.

La riqueza concebida como despliegue de las facultades y sentidos humanos, como apropiación multilateral del objeto, es decir, de la realidad, supone un extraordinario desarrollo cultural, que va más allá del restringido y unilateral sentido mercantil. Exalta, además, la idea de desarrollo de la persona humana para alcanzar una nueva sociedad, en la que el libre desenvolvimiento de cada uno es la condición del libre desenvolvimiento de todos.

La visión de Marx es incuestionablemente moderna, ante todo por su exaltación del ideal de una vida plena, y en ello hay un indudable acercamiento al sentimiento de no considerar el auto-sacrificio, la pena o el castigo como condición natural humana, pues el progreso material es la base de un desarrollo de crecimiento continuo e incesante.

En los *Grundrisse*, o *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política*, Marx afirma:

Si se despoja a la riqueza de su limitada forma burguesa ¿qué es la riqueza sino la universalidad de las capacidades, goces, fuerzas productivas, etc., de los individuos, creados en el intercambio universal? ¿Qué sino el desarrollo pleno del dominio humano sobre las fuerzas naturales, tanto de la así llamada *naturaleza* (externa) como sobre su propia naturaleza? ¿Qué sino la colaboración absoluta de sus disposiciones creadoras sin otro presupuesto que el desarrollo histórico previo, que convierte en objetivo a esta plenitud de desarrollo, es decir, al desarrollo de todas las fuerzas humanas en cuanto tales, no mediadas por un patrón establecido? ¿Qué sino una elaboración como resultado de la cual el hombre no se reproduce en su carácter determinado sino que produce su plenitud total, como resultado de la cual no busca permanecer como algo devenido sino que está en el movimiento absoluto del devenir?

Esta universalidad de goces creados por el intercambio universal, esta plenitud del desarrollo de las fuerzas humanas, se compagina con la idea estética del tra-

bajo libre como juego y despliegue de las facultades creativas del hombre.

Coincide la noción de trabajo enajenado citada anteriormente con las del escritor, poeta e historiador alemán Federico Schiller, que en sus *Cartas sobre la educación estética del hombre*, de 1795, refiriéndose al trabajo en la sociedad industrial todavía en ciernes, decía:

“...el gozo está separado del trabajo, los medios del fin, el esfuerzo de la recompensa. Encadenado, eternamente, sólo a un pequeño fragmento de la totalidad, el hombre sólo se ve a sí mismo como un fragmento; escuchando siempre el monótono girar de la rueda que mueve, nunca desarrolla la armonía de su ser y, en lugar de darle forma a la humanidad que yace en su naturaleza, llega a ser una mera estampa de su ocupación, de su ciencia”.

Schiller, mucho antes que Marx, había penetrado en el examen de los resultados nefastos que para el hombre acarrea el trabajo industrial y, por contraste, en la necesidad de una nueva civilización que posibilite la armonía y la plenitud del ser humano.

Coinciden estas dos concepciones sobre el trabajo industrial con las ideas sociales e históricas de Sigmund Freud cuando en *El malestar en la cultura*, afirma el fracaso de la civilización. La civilización está basada, dice, en la subyugación permanente de los instintos humanos. La libre gratificación de las necesidades instintivas del hombre es incompatible con la sociedad civilizada; la renuncia y el retardo de las satisfacciones son los pre-requisitos del

progreso. La felicidad no es un valor cultural. Sin embargo, contrastan el pesimismo de Freud y el optimismo de Marx, cuando uno y otro proyectan la sociedad del futuro. Para Freud el factor fundamental de la infelicidad humana son las relaciones entre los hombres, puesto que el hombre se ha mostrado a lo largo de la historia incapaz de crear instituciones sociales que distribuyan la riqueza en términos justos y equitativos, llegando hasta el punto de afirmar que el hombre nunca podrá dominar su propia naturaleza (se refiere a la naturaleza psíquica). Marx, por el contrario, sostiene que en la sociedad comunista se alcanzará la superación de la propiedad privada; con ello creará instituciones que se basen en la distribución del producto de acuerdo a las necesidades de todos los asociados.

Herbert Marcuse, en su ensayo filosófico sobre el psicoanálisis, *Eros y Civilización*, afirmándose sobre las ideas de uno y otro autor, basándose además en la citada obra de Federico Schiller, sostiene que hoy en día existen condiciones objetivas creadas por el propio desarrollo industrial y por el desarrollo científico-técnico para lograr que el trabajo libre devenga fundamental y el trabajo necesario, complementario -lo que equivale a decir que el tiempo de ocio será conquistado y la humanidad liberada de la represión.

Esta conquista del tiempo libre y del ocio productivo implicaría una transformación radical de los valores. El principio de la productividad represiva sería sustituido por el principio de la receptividad creadora. Desde el punto de vista de

Marcuse ello equivaldría a alcanzar una nueva civilización, algo que denomina "Socialismo feminista", puesto que los valores machistas de la cultura tradicional y milenaria tales como la competitividad, el éxito, el afán de lucro, cederían ante los valores femeninos tradicionalmente desplazados, tales como la ternura el cariño, y la receptividad creadora. Estos representan la realización del hombre, no a través de la dominación, sino mediante la liberación de las fuerzas libidinales inherentes.

En términos de la estética, ello envuelve la relación interior entre el placer, la sensualidad, la belleza, la verdad, el arte y la libertad. La estética así concebida aspira a un campo que preserve la verdad de los sentidos y reconcilia las facultades "inferiores" con las "superiores" del hombre, la sensualidad y el intelecto, el placer y la razón.

Desde el punto de vista de la *Crítica del Juicio*, Kant trata de mediar entre la "Razón Práctica" y la "Razón Teórica". Esta tercera facultad, la del Juicio, representa una transición del campo de la naturaleza al campo de la libertad y liga las facultades "altas" con las "bajas" -aquellas corresponden al entendimiento y éstas a la sensualidad. Mientras la "Razón Teórica" provee los principios del conocimiento "a priori" y la "Razón Práctica" los del deseo, la facultad del Juicio media entre las dos, gracias a las sensaciones: de dolor y de placer.

La nueva sociedad así concebida representaría la reconciliación del hombre con la naturaleza, donde el orden es belleza

y el trabajo, juego. Veamos algunas características de la dimensión estética: es sensual antes que conceptual; es intuición antes que noción; la naturaleza de la sensualidad es receptiva; la sensación estética está acompañada de placer. La percepción estética es sensualidad, da placer. Aunque sensual y receptiva, la imaginación estética es creadora. La imaginación estética conduce a que la sensualidad genere principios universalmente válidos. En la representación estética, el objeto es representado no en términos de su utilidad, ni de propósito alguno, ni tampoco en vista a su finalidad. En la imaginación estética, el objeto es representado libre de todas esas relaciones y propiedades, los lazos entre el objeto y el mundo de la razón teórica y la razón práctica son rotos. Sujeto y objeto llegan a ser libres en un nuevo sentido.

“Surge también, entonces, un cambio en la actitud hacia el ser y una nueva calidad del placer, generada por la forma en que el objeto se revela ahora a sí mismo. Su forma pura sugiere la “unidad de lo múltiple”, la pura manifestación de su estar ahí, de su existencia. Esta es la manifestación de la belleza”. (Marcuse, op. cit.)

Los principios de una civilización no represiva, en la que la razón es sensual y la sensibilidad es racional se explican sobre la base de la teoría en la que la función estética es el tema central de la filosofía de la cultura.

La disciplina estética instala “el orden de la sensualidad” contra “el orden de la razón”. Esta noción aspira a la liberación de los sentidos que lejos de destruir

la civilización, le darían una base más firme y aumentaría en gran medida sus potencialidades. Armonizaría los sentimientos y afectos con las ideas de la razón, privando a las “leyes de la razón” de su compulsión moral, y “reconciliándolas” con los intereses de los sentidos. (Schiller, *Cartas sobre la educación estética del hombre*).

La estética, concebida como la “ciencia del conocimiento sensual”, una “lógica de las bajas facultades cognoscitivas”, es la hermana y al mismo tiempo la contra-partida de la lógica. La oposición al predominio de la razón caracteriza a la nueva ciencia -no la razón, sino la sensualidad (sinnlichkeit) es el elemento constitutivo de la verdad o la falsedad estética.

Los sentidos no son órganos de conocimiento. Su función cognoscitiva está confundida con su función estimulante de los apetitos; ellos son erógenos y están gobernados por el “principio del placer”. De esta fusión de las funciones cognoscitivas y las que estimulan el apetito, se deriva el carácter confuso, inferior, pasivo del conocimiento por los sentidos que los hace inadaptables al principio de realidad –a no ser que estén adheridos y formados por la actividad conceptual del intelecto, de la razón.

La sociedad industrial, bajo el mando del “principio de realidad” impuso el trabajo enajenado.

Sólo una nueva forma de la civilización puede curar esta herida que la civilización misma ha causado al hombre. La herida es causada por la relación antagónica entre las dos dimensiones polares

de la existencia humana: sensualidad y razón, materia y forma, naturaleza y libertad. La civilización en vez de reconciliar estos opuestos haciendo a la sensualidad racional y a la razón sensual, ha subyugado la sensualidad a la razón, de tal manera que la primera si se afirma a sí misma, lo hace en formas destructivas y salvajes, mientras la tiranía de la razón empobrece y barbariza a la sensualidad.

Cada una de las dos dimensiones es gobernada por un impulso básico: el “impulso sensual” y el “impulso de la razón” -pero la reconciliación entre ambos debe ser obra de un tercer impulso: el “impulso del juego”. En una civilización humana genuina, la existencia humana sería juego antes que esfuerzo y el hombre viviría en el despliegue de sus fuerzas esenciales, antes que en la necesidad.

Cuando la necesidad y el deseo puedan ser satisfechos sin trabajo enajenado, el hombre será libre para “jugar” con sus facultades y potencialidades. Su mundo entonces será el “despliegue” y su orden el de la belleza.

El orden no-represivo es esencialmente un orden de abundancia, que sólo llega a ser posible en la más alta madurez de la civilización, cuando todas las necesidades básicas puedan ser satisfechas con un gasto mínimo de energía física y mental en un tiempo mínimo. La posesión y el abastecimiento de las necesidades de la vida son el prerrequisito, antes que el contenido, de una sociedad libre. El campo de la necesidad, del trabajo, es un campo de ausencia de libertad, porque en él -el trabajo- la existencia humana está

determinada por objetivos y funciones que no le son propios y no permiten el libre juego de las facultades y los deseos humanos. El trabajo necesario es un sistema de actividades esencialmente inhumanas, mecánicas y rutinarias; dentro de tal sistema, la individualidad no puede ser un valor ni un fin en sí mismo. El juego y el despliegue, como principios de la civilización, implican no sólo la transformación del trabajo sino su completa subordinación a las potencialidades, libremente envolventes, del hombre y de la naturaleza

Hasta aquí la revisión de mis lecturas en torno al trabajo enajenado y a la educación estética como fundamento de una nueva civilización.

¿Qué relación hay entre estas lecturas y la actividad cultural y recreativa como empeño en pro de una formación integral?

Quisiera subrayar una idea central en la citada obra de Sigmund Freud *El malestar en la cultura*, la del “principio del placer”. El placer para Freud tiene el carácter de principio constitutivo del ser humano. No venimos al mundo diciendo “yo soy yo” frente al espejo. Venimos al mundo diciendo “yo soy yo” frente a toda sensación placentera, puesto que a toda sensación displacentera o dolorosa decimos “lo otro”, el “no-yo”, la realidad. El lactante llama “yo” a la presencia de la madre, y, a sus ausencias, las entiende como “no-yo”, porque le resultan dolorosas. Este “yo placiente”, hedónico, es contradicho por el principio de la realidad, que nos resulta doloroso. El organismo humano está concebido para experimentar placer, por eso todas nues-

tras acciones lo buscan indefectiblemente. El trabajo necesario no responde, según Freud, a ningún instinto humano, por ello resulta doloroso, un verdadero sacrificio. Lo humano, lo verdaderamente humano es, por consiguiente, el principio del placer a través del cual logramos una realización verdadera. Pero toda nuestra organización social regida por el principio de realidad nos predica desde la más tierna infancia la importancia del trabajo y la productividad como el imperativo de la época.

Sometidos a los valores de la productividad represiva, de la competencia y del éxito, le volvemos la espalda a los valores genuinos que nos da la vida: el amor, la salud y la contemplación de la naturaleza.

Todo el proceso de formación desde el seno familiar hasta la Universidad, está regido por los valores de la productividad represiva.

La moral, las prédicas de la iglesia, la ideología dominante; el sistema de premios y castigos, se rigen por dicho principio. Se persigue a la sensualidad como un valor negativo, como algo pecaminoso. Se predica y se premia, en cambio, la sumisión, la adaptación al orden establecido.

Las actividades culturales y recreativas, tímidamente fomentadas a través de las diferentes actividades en las que privilegiamos los aspectos lúdicos y de recreación tales como las fiestas pedagógicas, las salidas de campo, el

Cine-club y el video-forum, los círculos de literatura y otras manifestaciones en torno al arte y la recreación, hicieron parte del esfuerzo en pro de la formación integral y de una mentalidad crítica, para enfrentar y juzgar la realidad que nos rodea.

Una verdadera formación universitaria tendría que estar basada en una auténtica "política cultural" que no ahorrara esfuerzos ni medios de toda índole en el cultivo de las artes y la recreación en sus múltiples manifestaciones.

Con excepción de las rectorías de Armando Suescún y Eduardo Barajas, las actividades culturales de la UPTC que yo conocí, no tendían por cierto hacia la formación estética en el sentido acabado de expresar y se limitaban a la mera recreación. La acción cultural como mera recreación, p.ej., El Festival Vallenato y la rumba corrida, divierten, embriagan, pero no educan los sentidos, no promueven la cultura estética que relaciona el placer, la sensualidad, el arte, la belleza con la verdad y la libertad. Halaga los sentidos, pero a costa de infundir pasividad y conformismo; el quehacer estético, el arte, por el contrario, suscita la indignación ante la adulación y el disimulo. Una verdadera política cultural tiende inevitablemente hacia la educación estética. Una obra de arte auténtica es incompatible con la mentira, la hipocresía y el espíritu acomodaticio. El arte puede ser, entonces, el gran aliado del cambio que necesitamos.